



Rumbos Olvidados

POR Xabi Luna (www.rumbosolvidados.com)

Si llamar la atención de nadie, nos adentramos por un camino a hurtadillas para acampar junto al río a una etapa de Sofía. Aprendemos de las llegadas a Sarajevo y Podgorica y a cuarenta kilómetros de la gran ciudad entramos en la estación de trenes de Radomir. Boreamos una caseta de comida en ruinas y necesitamos ir al andén para confirmar que sigue operativa. No es la primera estación que nos encontramos con aspecto abandonado, post-nuclear. Tenemos suerte y las bicis son bienvenidas y nos ahorramos el estrés del tráfico y navegar hasta el hotel.

Sofía significa sabiduría, para mí significa historia, desde que salimos de la estación de tren se respiran civilizaciones, con más de 3.000 años de batallas y muchas reconstrucciones. La ciudad supone un parón en nuestro viaje, Sheila tiene que regresar a Pamplona para realizar una oposición si quiere trabajar al finalizar Rumbos Olvidados, yo me quedo una semana viviendo el día de la marmota en un hotel decadente del centro. Un entrada oscura, angosta, con olor a comida y cañerías presagia un cuchitril, pero por suerte en el cuarto piso sin ascensor los olores no son tan intensos y la habitación es aceptable. Desde mi ventana observo el puente de los leones, el pasar infatigable de los tranvías y el sonido de los semáforos que son como grillos urbanos que cantan noche y día.

La ciudad tiene más de un millón de habitantes, muchos inmigrantes, cuadrillas de menas caminan sin rumbo fijo por las calles. En el centro los locales de comida emanan olor a kebab que inunda la calle. Turcos, libaneses y asiáticos representan la mayoría de los negocios. Como hace muchos años en España, un tubo blanco, rojo y azul gira marcando la presencia de una barbería, pero aquí proliferan hasta el absurdo, desde debajo de nuestra casa hasta 500 metros más allá contamos más de treinta, está claro que son coquetos, lo que no sabemos es si habrá beneficios. A la puerta del metro y de los hitos turísticos más importantes mendigos solicitan una limosna tirados en el suelo, muchos más de los habituales en una gran ciudad.

A Sofía hay que dedicarle al menos un par de días, simplemente los yacimientos romanos cercanos a Serdica y templos de diferentes religiones que conviven armónicamente es ejemplar, destacando por encima de todos, a mi juicio, la Catedral de Alexander Nevski. Un templo ortodoxo enorme con cúpulas doradas que destellan al atardecer y que al entrar sientes ser parte de la historia. La atmósfera cargada por el humo de las velas, la oscuridad, las pinturas sin restaurar, el deambular de los fieles rezando por la gran sala y la dimensión de los 52 metros de altura te hacen pequeño, en tamaño y en lo que representas para ese edificio en el tiempo. Las caminatas turísticas son agotadoras, y el lugar para calmar el quejido de los pies es el City Garden, el parque donde se ubica el



Bulgaria y Turquía

28 de mayo-26 de junio



Comienzo de etapa, desde Sugyan.

Teatro Nacional Ivan Vazov con aires de templo griego. Lo bonito de ese parque es el rincón donde alrededor de varias mesas de ajedrez se reúnen jugadores locales. Se respira la tensión y los espectadores que rodean cada mesa observan el duelo como si fuera un campeonato mundial. Cada día frente al Palacio presidencial puedes asistir al cambio de guardia, en nuestro caso, asistimos a la recepción de la comitiva vietnamita y el despliegue de cientos de músicos y soldados con la prenda color crema de la guardia real, es una escena que llama la atención y entre nota y nota, se escuchan los clicks de las cámaras que sacan fotos sin parar. Son muchos días y me convierto en parte del paisaje urbano caminando arriba y abajo de las calles centrales. Mis dos oasis son una sala de cine alternativo y dos bibliotecas donde me refugio para que mi cabeza descansa por tratar de comunicarse en otro idioma.

El 6 de junio abandonamos Bulgaria y las únicas vías son una autopista o cruzar a Grecia y recorrerla durante 35 km. Una estancia efímera que suma inesperadamente un país más a nuestro viaje. De alguna manera los paisajes nos transportan a casa, recibimos una gran sonrisa en la frontera y por la hora que es, toca parar a desayunar algo. El lugar es Ormenio, un pequeño pueblo de postal, con su pequeña iglesia, un tractor aparcado junto cientos de cajas para colmenas que dan un toque de color a la escena. La única terraza ya cuenta con parroquianos del café mañanero. ¡¡Kalimera!! Pedimos dos frapés y la presencia de dos ciclistas les saca de su monotonía y Estefanía, la camarera, viene con un pan y dos chocolatinas de regalo. Lo poco que estamos en Grecia ha significado una carga de batería emocional para lo que queda de etapa y para entrar en Turquía, tercer país del día. La entrada es amable, el señor que nos cuña el pasaporte nos enseña como

saludar y dar las gracias y entramos en Edirne por barrios periféricos. Carros con burros, casas más humildes y coches más antiguos, en pocos kilómetros hemos viajado en el tiempo.

El contraste es evidente a todos los niveles, y aunque hemos vivido la religión musulmana en los Balcanes, ahora más del 95% la profesa y la vida girará en torno a ello. Justo es la hora del rezo y el altavoz de la mezquita se enciende, un sonido grabado llama a los fieles que dejan sus quehaceres y caminan hacia la mezquita más cercana. El calor aparece en escena sin avisar, en dos días hemos pasado de abrigarnos para llegar a Sofía, a un sol abrasador que nos obliga a meternos bajo la sombra. Paramos a comprar algunas verduras para nuestra primera cena turca. Antes de salir de Edirne tenemos que buscar una tienda de bicis para arreglar el buje y el pedalier, el ajuste en Sofía lo dejó peor. Encontramos un local pequeño, oscuro, lleno de grasa y bicis viejas despedazadas como si fuera la sala de autopsias de un forense. “Marhaba (hola)”, sale Özcan, un señor canoso con un cigarro sempiterno en la boca. Gira la bie-la y escucha los ruidos de la bici. Tras unos minutos de diagnóstico, desmonta la rueda y la introduce. Sentados afuera, desde un resquicio de sombra oímos los golpes de martillo, de radial y algún juramento que no entendemos. Al rato sale la rueda sin holgura y sin ruidos. La experiencia es un grado y además barata, nos cobra 5 € y nos desea buen viaje.

El paisaje verde balcánico da paso a uno de tonalidades marrones, donde predominan los campos de cereal a punto de ser cosechados, que sumados al calor endurecen las etapas. El primer día transcurre por carreteras sinuosas, agrícolas, con pequeños pueblos, en los que siempre hay bares con decenas de mesas ocupadas por hombres de cigarro y çay (té), es raro ver a